

Versión Imagen

500 AÑOS DESPUES

● **Guillermo Luque**

Escuela de Historia/UCV

INTRODUCCION

Los descubrimientos geográficos allende la mar océano, aceleraron el desarrollo de los elementos modernizadores presentes en la Europa del siglo XV. El comercio se expandió por el empuje irresistible de metales como el oro y la plata venidos del "Nuevo Mundo". La modernización europea se asentó en los metales preciosos extraídos del Caribe, México y Perú. El comercio mundial va a desperezarse con ese avance de las metrópolis ibéricas: España y Portugal.

Se produjo un verdadero intercambio que reactivó la circulación económica: la revolución de los precios es una de sus consecuencias. Se pasó al control de extensos territorios, al establecimiento de factorías ultramarinas, de sociedades anónimas, de la bolsa de valores y de bancos comerciales. Detrás de estas iniciativas afincadas en la prosperidad aportada por las exploraciones marinas, estuvo la abierta o solapada lucha por la dominación; España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra fueron sus actores. Ya el siglo XVIII es de Inglaterra cuya Revolución Industrial la convierte en el árbitro de la política y de la economía del mundo de entonces. Del mercantilismo, Europa pasó, en tiempos distintos, al libremercado del siglo XIX. El capitalismo se había internacionalizado como sistema económico.

I. DESCUBRIMIENTO Y ENCUENTRO

Sí, desde la perspectiva europea, las exploraciones marítimas derivaron en descubrimientos de nuevos territorios y conglomerados humanos. Los mapas de la época debieron ser rehechos; Platón y San Agustín fueron desmentidos no por filósofos sino por hombres prácticos que, como el voraz lector y curioso genovés Cristóbal Colón, habían indagado la posibilidad de otros horizontes. Basaron sus indagaciones en los textos clásicos antiguos, leyeron los relatos de Marco Polo y se forjaron una firme experiencia como navegantes.

Cierto, no fueron o llegaron a la costa asiática, a la costa de la India; el azar y los errores de cálculo llevaron hacia el oeste a esa expedición que salió de Palos de Moguer en el 1492. Hallaron no a los "indios" sino a otros pueblos de múltiples desarrollos y dialectos.

El contacto con los europeos también fue un "descubrimiento" para los pueblos nativos de estas tierras tenidas como el mismo "Paraíso Terrenal". Tardaron los europeos más de 20 años en darse cuenta que ese "Paraíso Terrenal" poblado por gentes mansas era un Continente. Sobre ese Continente, que se exploró en medio siglo, se afianzó un nuevo y extraño poder que sojuzgó a sus pobladores según las Capitulaciones de Santa Fe. Mediante ellas no sólo se otorgaban títulos, y derechos a Colón, (Don, Almirante, Virrey) sino que lo obligaban a descubrir y ganar para la Corona de Castilla tierras nuevas. No se dudó ni se tuvo miramiento alguno por el despojo a que serían sometidos los originales descubridores de esas islas y Continente: los aborígenes, los "indios".

La idea de estar frente a un nuevo Continente la tuvo Colón años después, en su tercer viaje de 1498, cuando ve a la isla de Trinidad y la desembocadura del río Orinoco, cuando toca por vez primera tierra firme en la Península de Paria en el mes de agosto.

La fiebre por los descubrimientos prosiguió. Vasco de Gama halló la ruta hacia la India. Américo Vespuccio, que en 1500 había recorrido Occidente de lo que hoy es Venezuela con Alonso de Ojeda, termina por aclarar la dimensión de la identidad geográfica del Nuevo Mundo en 1501.

II. EL NUEVO MUNDO

Nombre generalizado por Anglería y Vespuccio para designar a esa nueva realidad geográfica y humana que va a experimentar una transmutación cultural única. Lengua, cruz e instituciones se impusieron sobre dialectos, mitos y tradicionales formas de organización social. De ese contacto surgieron nuestros particularismos. El nuevo poder metropolitano machacó en su mortero lo existente; el resultado fue una mixtura cultural de lo peninsular con lo aborígen. Mixtura a la que no se llega por una relación horizontal de esas culturas que se encontraron; no hubo una deliberada aculturación que, al mezclarse con estas tierras, mitos y voces, se manifestó con elementos distintos al modelo cultural original. A esa mezcla racial y cultural se agrega, desde 1501, la mano de obra esclava negra.

Millones de negros traídos al Nuevo Mundo para realizar trabajos agrícolas en las plantaciones y sacar el ansiado metal de las minas. El mestizaje racial y cultural le confiere una gran diversidad a las vetas esenciales de nuestra identidad. En esto se distingue la colonización española de la inglesa o la francesa.

Pero España y Europa también fueron modificadas por el Nuevo Mundo. La aspiración de un nuevo mundo mejor en su constitución moral como social oxigenó su llama con los hechos del descubrimiento. La no poca idealización que se hiciera de los pueblos allende los mares avivó la añoranza por esa Edad Dorada de Hesíodo, de las "Georgicas" de Virgilio, o de la República de Platón y su comunismo entre la clase dirigente. ¿No se conocía acaso la prédica epicúrea del siglo IV antes de Cristo relativa al restablecimiento de la amistad, de la fraternidad entre los hombres?. Sus "jardines" fueron escuelas donde sus discípulos se reunían por no aceptar al Estado en cuanto representante máximo de la dominación y la corrupción de los ciudadanos. Los relatos de Plutarco, la Germania de Tácito, la obra de Séneca abona el terreno de la idealización. En 1515 se publica el libro II de Utopía. En éste Tomás Moro sintetiza las más elevadas aspiraciones de todo el movimiento de humanistas de renacimiento. Moro, quien en el libro I de Utopía hace una profunda crítica de la sociedad mercantil de la época, de su propiedad privada; Moro, a quien Erasmo dedica su "Elogio de la Locura" unos años antes.

¿Qué queremos decir con esto? Que los descubrimientos y los hechos sabidos del Nuevo Mundo abren cause a una reflexión y sacude la moralidad de la época y transcurre por los vericuetos de la filosofía política ¿Tienen alma esos seres que se esclavizan? ¿Son racionales? ¿Su ingenuidad y mansedumbre no nos recuerda un pasado que perdimos hacia el que se debe volver?. En Utopía se ridiculiza que hayan hombres tan tontos como para sentir un placer enfermizo por las tenidas como piedras preciosas cuando para eso están las estrellas y el sol en los cielos. En la Utopía los utopienses tenían como a un perfecto zopenco a quien usara perlas u oro; eso se dejaba para los niños. Y el oro y las piedras preciosas daban impulso a todo el proceso de modernización de la Europa medieval en dirección al capitalismo mercantil.

La dominación, saqueo e imposición cultural de las riquezas y pobladores del Nuevo Mundo van a profundizar la crisis de conciencia del siglo XVI y va a potenciar la voluntad reformadora de la sociedad europea que era tenida como corrompida e injusta. Esa es la línea que van a seguir los filósofos del siglo de las luces. Esa será la filosofía política que vendrá a la América para aportar ideales a

las razones prácticas del movimiento independentista dirigido por la élite mantuana en el siglo XIX. Las nuevas repúblicas americanas surgidas de la guerra de independencia harían de sus constituciones suerte de declaraciones principistas inspiradas en los postulados revolucionarios del iluminismo; en la manera de alcanzar la riqueza material de Europa, se tendría por buena y propicia la fórmula del *lasser faire- lasser past*.

III. LA VUELTA DEL CAPITALISMO: globalización contra la existencia nacional.

Atados a la historia del capitalismo mundial, a sus formas sinuosas y contradictorias del progreso, nuestras historias nacionales han seguido y siguen en su curso; bien como exportadores agrícolas o mineros. Siempre en condición de subordinados todos. No ha habido un curso propio dentro de la corriente de la historia universal signada por la relación capital-trabajo. No nos hemos pertenecido. Hemos sido pertenencia de unos y otros según la concentración del poder logrado por los más avanzados países capitalistas. Ni la imitación servil de nuestras élites oligárquicas del siglo XIX, ni los programas con más o menos contenidos nacionalistas en base a la democracia de masas que introdujeron los modernos partidos reformistas han modificado esa dependencia, ya larga, respecto al capitalismo mundial. Tanto en el siglo pasado como en éste la frustración de las mayorías no propietarias ha sido la constante. Nuestro progreso social y económico de los últimos cincuenta años no ha superado la existencia de permanentes tensiones que recorren grupos, gremios, instituciones, clases; la abusiva propiedad de unos pocos y la condición de pobres inermes de los muchos otorgan fundamento al descontento, al que se agregan aquellos que aspiraban una existencia en el punto medio. Esa es una característica generalizada en Hispanoamérica. Y en este drama estamos solos con nosotros mismos. Ese es el hecho. La España de hoy ha girado hacia Europa; y, Europa toda se está viendo a sí misma. Los EE.UU recelan de Japón y Europa mientras escucha con inquietud el agudo chirrido de su economía bajo el peso de 200.000 millones de dólares de deuda externa. En lo que a nosotros concierne, desde los años ochenta el moderado progreso económico y social ha dado más de un traspies y varias caídas.

Traspies: el fracaso de la política de sustitución de exportaciones.

Caídas: la deuda externa, el actual pragmatismo envilecedor de los partidos que en un tiempo surgieron con vocación reformista e igualatoria, la corrupción del Estado, el analfabetismo, el hambre, la miseria crítica generalizada.

La característica más resaltante es la conformación, con reacomodos y tensiones, de un bloque de poder capitalista mundial cuyos amos ordenarían en la cocina de la ONU lo que se obedecerá en los pulcros salones de las casas de gobierno de Latinoamérica. Al parecer ya no existe imperialismo sino normas técnicas. Ahora, en nombre de la libertad de comercio según los principios del GATT, cualquier escrúpulo nacional y soberano no pasa de ser un prejuicio sin asidero en la modernidad que se invoca: la globalización de capitalismo, suerte de "todos a una" que las potencias han decidido imponer mientras arreglan sus cuentas y verifican sus áreas de dominio. El FMI y el Banco Mundial son los árbitros parcializados de este juego desigual.

Mientras los países ricos nos hablan de nuevo orden mundial globalizado, nuestros mantuanos enriquecidos de antes y de ahora, invocan con pases de incienso un conocido mantra: Neoliberalismo. Bajo su sola advocación aspiran al milagro de verse asociados con el capital foráneo en esta nueva fiesta de la plusvalía. Bajo su influjo esperan disciplinar a esa tan insatisfecha masa de trabajadores que no terminan de entender las ventajas de la "mano invisible". La crítica que desde Río Bravo hasta la Patagonia hacen los neoliberales del populismo, en verdad enmascara el ataque a otro concepto: El Estado Social. Si todo debe resolverse en el "mercado" ¿para qué la molestia de partidos doctrinarios, de gremios y sindicatos?. Lo legítimo para ellos es el Estado de Derecho que garantice la propiedad y la igualdad entre iguales. La idea de convertir al Estado, con jerga técnica, en asunto de pocos entendidos.

Globalización y neoliberalismo son dos líneas de fuerza que coinciden en un aspecto: socavar la soberanía nacional de los países del Nuevo Mundo de América. Nuestra incierta existencia como naciones es hoy acosada por nuevas incertidumbres. Se prepara un nuevo saqueo. De ellos es por el triunfo, las armas y los argumentos. Dos muestras tenemos: Panamá e Irak.

El Estado-Nación como realidad socio política ya es tenido como un obstáculo para la realización de los planes del capitalismo foráneo y de casa. Su ámbito admisible y admitido por el poder será aquel que no ponga en cuestión los goces terrenales de la propiedad.

IV. ¿Pero qué identidad?

En 1492 no se encontraron dos culturas, dos mundos. No era una la cultura española penetrada de la tradición grecolatina, judía y árabe. Tampoco era una la cultura habida en el Nuevo Mundo.

Una realidad era la existencia de tribus recolectoras y pescadoras y otra la de imperios como el inca, maya y azteca. No sólo no se encontraron dos culturas sino que no lo hicieron en igualdad de condiciones y propósitos. La expedición exploratoria lleva la misión de dominación. Colón descerrajó unas cerraduras para un imperio urgido de metales preciosos.

La crisis que compromete nuestro futuro es también una crisis de identidad. ¿Qué somos?. ¿Nos define acaso llamarnos pueblos del sur empobrecidos, o en vías de desarrollo?. Desde los años ochenta se ha hecho más incierta nuestra aspiración a una mejor calidad de vida. ¿Con qué sentimientos entramos a formar parte de la comunidad mundial?. Ha mermado nuestro sentimiento de pertenencia; se ha diluido aún más nuestra identidad en la autoafirmación. Hoy tendemos más a reconocernos en el fracaso que en el logro.

La afirmación ejercitada en la guerra de independencia ha sido vulnerada en la dependencia y el subdesarrollo. Los elementos vivos de la identidad cultural latinoamericana, su mismidad, no se reduce a la mezcla racial, credo y costumbre. La identidad que nos debe interesar no se confunde con cierto folklorismo insustancial y ridículo. Esa identidad se tramará con la identificación de los intereses de las mayorías con nuestra existencia nacional. Nuestra identidad aspira a adquirir el rango de verdadera ciudadanía en el mundo. Nuestra identidad es un hecho de cultura que tiene una expresión política. Olvidar esto último es asimilarse a ese clima bobalicón que suelen tener las tiendas de souvenir donde ofrecen, a propios y ajenos, lo "autóctono".

Versión Texto

500 AÑOS DESPUES

Guillermo Luque
Escuela de Historia/UCV

INTRODUCCION

Los descubrimientos geográficos allende la mar océano, aceleraron el desarrollo de los elementos modernizadores presentes en la Europa del siglo XV. El comercio se expandió por el empuje irresistible de metales como el oro y la plata venidos del “Nuevo Mundo”. La modernización europea se asentó en los metales preciosos extraídos del Caribe, México y Perú. El comercio mundial va a desperezarse con ese avance de las metrópolis ibéricas: España y Portugal.

Se produjo un verdadero intercambio que reactivó la circulación económica: la revolución de los precios es una de sus consecuencias. Se pasó al control de extensos territorios, al establecimiento de factorías ultramarinas, de sociedades anónimas, de la bolsa de valores y de bancos comerciales. Detrás de estas iniciativas afincadas en la prosperidad aportada por las exploraciones marinas, estuvo la abierta o solapada lucha por la dominación; España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra fueron sus actores. Ya el siglo XVIII es de Inglaterra cuya Revolución Industrial la convierte en el árbitro de la política y de la economía del mundo de entonces. Del mercantilismo, Europa pasó, en tiempos distintos, al librecambismo del siglo XIX. El capitalismo se había internacionalizado como sistema económico.

I. DESCUBRIMIENTO Y ENCUENTRO

Sí, desde la perspectiva europea, las exploraciones marítimas derivaron en descubrimientos de nuevos territorios y conglomerados humanos. Los mapas de la época debieron ser rehechos; Platón y San Agustín fueron desmentidos no por filósofos sino por hombres prácticos que, como el voraz lector y curioso genovés Cristóbal Colón, habían indagado la posibilidad de otros horizontes. Basaron sus indagaciones en los textos clásicos

antiguos, leyeron los relatos de Marco Polo y se forjaron una firme experiencia como navegantes.

Cierto, no fueron o llegaron a la costa asiática, a la costa de la India; el azar y los errores de cálculo llevaron hacia el oeste a esa expedición que salió de Palos de Moguer en el 1492. Hallaron no a los “indios” sino a otros pueblos de múltiples desarrollos y dialectos.

El contacto con los europeos también fue un “descubrimiento” para los pueblos nativos de estas tierras tenidas como el mismo “Paraíso Terrenal”. Tardaron los europeos más de 20 años en darse cuenta que ese “Paraíso Terrenal” poblado por gentes mansas era un Continente. Sobre ese Continente, que se exploró en medio siglo, se afianzó un nuevo y extraño poder que sojuzgó a sus pobladores según las Capitulaciones de Santa Fe. Mediante ellas no sólo se otorgaban títulos, y derechos a Colón, (Don, Almirante, Virrey) sino que lo obligaban a descubrir y ganar para la Corona de Castilla tierras nuevas. No se dudó ni se tuvo miramiento alguno por el despojo a que serían sometidos los originales descubridores de esas islas y Continente: los aborígenes, los “indios”.

La idea de estar frente a un nuevo Continente la tuvo Colón años después, en su tercer viaje de 1498, cuando ve a la isla de Trinidad y la desembocadura del río Orinoco, cuando toca por vez primera tierra firme en la Península de Paria en el mes de agosto.

La fiebre por los descubrimientos prosiguió. Vasco de Gama halló la ruta hacia la India. Américo Vespuccio, que en 1500 había recorrido Occidente de lo que hoy es Venezuela con Alonso de Ojeda, termina por aclarar la dimensión de la identidad geográfica del Nuevo Mundo en 1501.

II. EL NUEVO MUNDO

Nombre generalizado por Anglería y Vespuccio para designar a esa nueva realidad geográfica y humana que va a experimentar una transmutación cultural única. Lengua, cruz e instituciones se impusieron sobre dialectos, mitos y tradicionales for-

mas de organización social. De ese contacto surgieron nuestros particularismos. El nuevo poder metropolitano machacó en su mortero lo existente; el resultado fue una mixtura cultural de lo peninsular con lo aborígen. Mixtura a la que no se llega por una relación horizontal de esas culturas que se encontraron; no hubo una deliberada aculturación que, al mezclarse con estas tierras, mitos y voces, se manifestó con elementos distintos al modelo cultural original. A esa mezcla racial y cultural se agrega, desde 1501, la mano de obra esclava negra.

Millones de negros traídos al Nuevo Mundo para realizar trabajos agrícolas en las plantaciones y sacar el ansiado metal de las minas. El mestizaje racial y cultural le confiere una gran diversidad a las vetas esenciales de nuestra identidad. En esto se distingue la colonización española de la inglesa o la francesa.

Pero España y Europa también fueron modificadas por el Nuevo Mundo. La aspiración de un nuevo mundo mejor en su constitución moral como social oxigenó su llama con los hechos del descubrimiento. La no poca idealización que se hiciera de los pueblos allende los mares avivó la añoranza por esa Edad Dorada de Hesíodo, de las “Georgicas” de Virgilio, o de la República de Platón y su comunismo entre la clase dirigente. ¿No se conocía acaso la prédica epicúrea del siglo IV antes de Cristo relativa al restablecimiento de la amistad, de la fraternidad entre los hombres? Sus “jardines” fueron escuelas donde sus discípulos se reunían por no aceptar al Estado en cuanto representante máximo de la dominación y la corrupción de los ciudadanos. Los relatos de Plutarco, la Germania de Tácito, la obra de Séneca abona el terreno de la idealización. En 1515 se publica el libro II de Utopía. En éste Tomás Moro sintetiza las más elevadas aspiraciones de todo el movimiento de humanistas de renacimiento. Moro, quien en el libro I de Utopía hace una profunda crítica de la sociedad mercantil de la época, de su propiedad privada; Moro, a quien Erasmo dedica su “Elogio de la Locura” unos años antes.

¿Qué queremos decir con esto? Que los descubrimientos y los hechos sabidos del Nuevo Mundo abren cause a una refle-

xión y sacude la moralidad de la época y transcurre por los vericuetos de la filosofía política ¿Tienen alma esos seres que se esclavizan? ¿Son racionales? ¿Su ingenuidad y mansedumbre no nos recuerda un pasado que perdimos hacia el que se debe volver? En Utopía se ridiculiza que hayan hombres tan tontos como para sentir un placer enfermizo por las tenidas como piedras preciosas cuando para eso están las estrellas y el sol en los cielos. En la Utopía los utopinses tenían como a un perfecto zopenco a quien usara perlas u oro; eso se dejaba para los niños. Y el oro y las piedras preciosas daban impulso a todo el proceso de modernización de la Europa medieval en dirección al capitalismo mercantil.

La dominación, saqueo e imposición cultural de las riquezas y pobladores del Nuevo Mundo van a profundizar la crisis de conciencia del siglo XVI y va a potenciar la voluntad reformadora de la sociedad europea que era tenida como corrompida e injusta. Esa es la línea que van a seguir los filósofos del siglo de las luces. Esa será la filosofía política que vendrá a la América para aportar ideales a las razones prácticas del movimiento independentista dirigido por la élite mantuana en el siglo XIX. Las nuevas repúblicas americanas surgidas de la guerra de independencia harían de sus constituciones suerte de declaraciones principistas inspiradas en los postulados revolucionarios del iluminismo; en la manera de alcanzar la riqueza material de Europa, se tendría por buena y propicia la fórmula del *lasser faire lasser past*.

III. LA VUELTA DEL CAPITALISMO: globalización contra la existencia nacional

Atados a la historia del capitalismo mundial, a sus formas sinuosas y contradictorias del progreso, nuestras historias nacionales han seguido y siguen en su curso; bien como exportadores agrícolas o mineros. Siempre en condición de subordinados todos. No ha habido un curso propio dentro de la corriente de la historia universal signada por la relación capital-trabajo. No nos hemos pertenecido. Hemos sido pertenencia de unos y otros

según la concentración del poder logrado por los más avanzados países capitalistas. Ni la imitación servil de nuestras élites oligárquicas del siglo XIX, ni los programas con más o menos contenidos nacionalistas en base a la democracia de masas que introdujeron los modernos partidos reformistas han modificado esa dependencia, ya larga, respecto al capitalismo mundial. Tanto en el siglo pasado como en éste la frustración de las mayorías no propietarias ha sido la constante. Nuestro progreso social y económico de los últimos cincuenta años no ha superado la existencia de permanentes tensiones que recorren grupos, gremios, instituciones, clases; la abusiva propiedad de unos pocos y la condición de pobres inermes de los muchos otorgan fundamento al descontento, al que se agregan aquellos que aspiraban una existencia en el punto medio. Esa es una característica generalizada en Hispanoamérica. Y en este drama estamos solos con nosotros mismos. Ese es el hecho. La España de hoy ha girado hacia Europa; y, Europa toda se está viendo a sí misma. Los EE.UU recelan de Japón y Europa mientras escucha con inquietud el agudo chirrido de su economía bajo el peso de 200.000 millones de dólares de deuda externa. En lo que a nosotros concierne, desde los años ochenta el moderado progreso económico y social ha dado más de un traspies y varias caídas.

Traspies: el fracaso de la política de sustitución de exportaciones.

Caídas: la deuda externa, el actual pragmatismo envilecedor de los partidos que en un tiempo surgieron con vocación reformista e igualatoria, la corrupción del Estado, el analfabetismo, el hambre, la miseria crítica generalizada.

La característica más resaltante es la conformación, con reacomodos y tensiones, de un bloque de poder capitalista mundial cuyos amos ordenarían en la cocina de la ONU lo que se obedecerá en los pulcros salones de las casas de gobierno de Latinoamérica. Al parecer ya no existe imperialismo sino normas técnicas. Ahora, en nombre de la libertad de comercio según los principios del GATT, cualquier escrúpulo nacional y soberano no pasa de ser un prejuicio sin asidero en la moderni-

dad que se invoca: la globalización de capitalismo, suerte de “todos a una” que las potencias han decidido imponer mientras arreglan sus cuentas y verifican sus áreas de dominio. El FMI y el Banco Mundial son los árbitros parcializados de este juego desigual.

Mientras los países ricos nos hablan de nuevo orden mundial globalizado, nuestros mantuanos enriquecidos de antes y de ahora, invocan con pases de incienso un conocido mantra: Neoliberalismo. Bajo su sola advocación aspiran al milagro de verse asociados con el capital foráneo en esta nueva fiesta de la plusvalía. Bajo su influjo esperan disciplinar a esa tan insatisfecha masa de trabajadores que no terminan de entender las ventajas de la “mano invisible”. La crítica que desde Río Bravo hasta la Patagonia hacen los neoliberales del populismo, en verdad enmascara el ataque a otro concepto: El Estado Social. Si todo debe resolverse en el “mercado” ¿para qué la molestia de partidos doctrinarios, de gremios y sindicatos? Lo legítimo para ellos es el Estado de Derecho que garantice la propiedad y la igualdad entre iguales. La idea de convertir al Estado, con jerga técnica, en asunto de pocos entendidos.

Globalización y neoliberalismo son dos líneas de fuerza que coinciden en un aspecto: socavar la soberanía nacional de los países del Nuevo Mundo de América. Nuestra incierta existencia como naciones es hoy acosada por nuevas incertidumbres. Se prepara un nuevo saqueo. De ellos es por el triunfo, las armas y los argumentos. Dos muestras tenemos: Panamá e Irak.

El Estado-Nación como realidad socio política ya es tenido como un obstáculo para la realización de los planes del capitalismo foráneo y de casa. Su ámbito admisible y admitido por el poder será aquel que no ponga en cuestión los goces terrenales de la propiedad.

IV. ¿Pero qué identidad?

En 1492 no se encontraron dos culturas, dos mundos. No era una la cultura española penetrada de la tradición grecolatina,

judía y árabe. Tampoco era una la cultura habida en el Nuevo Mundo.

Una realidad era la existencia de tribus recolectoras y pescadoras y otra la de imperios como el inca, maya y azteca. No sólo no se encontraron dos culturas sino que no lo hicieron en igualdad de condiciones y propósitos. La expedición exploratoria lleva la misión de dominación. Colón descerrajó unas cerraduras para un imperio urgido de metales preciosos.

La crisis que compromete nuestro futuro es también una crisis de identidad. ¿Qué somos? ¿Nos define acaso llamarnos pueblos del sur empobrecidos, o en vías de desarrollo? Desde los años ochenta se ha hecho más incierta nuestra aspiración a una mejor calidad de vida. ¿Con qué sentimientos entramos a formar parte de la comunidad mundial? Ha mermado nuestro sentimiento de pertenencia; se ha diluido aún más nuestra identidad en la autoafirmación. Hoy tendemos más a reconocernos en el fracaso que en el logro.

La afirmación ejercitada en la guerra de independencia ha sido vulnerada en la dependencia y el subdesarrollo. Los elementos vivos de la identidad cultural latinoamericana, su mis-midad, no se reduce a la mezcla racial, credo y costumbre. La identidad que nos debe interesar no se confunde con cierto folklorismo insustancial y ridículo. Esa identidad se tramará con la identificación de los intereses de las mayorías con nuestra existencia nacional. Nuestra identidad aspira a adquirir el rango de verdadera ciudadanía en el mundo. Nuestra identidad es un hecho de cultura que tiene una expresión política. Olvidar esto último es asimilarse a ese clima bobalicón que suelen tener las tiendas de souvenir donde ofrecen, a propios y ajenos, lo “autóctono”.